

¡Ustedes son el *show* de esta noche!

Apenas pasaba de las siete y media de la tarde cuando se dio la señal para que nuestro carro alegórico saliera a escena. Tras una breve capacitación, aquel atardecer, de acuerdo al anfitrión, los “visitantes” al parque temático **Universal Orlando Resort**, en Florida, éramos la atracción.

Figurábamos de pie al otro lado de la baranda de una carroza de dos pisos, iluminada y decorada con cotillón verde, morado y amarillo, los colores de la puesta en escena de esta versión floridense de Mardi Gras, el carnaval de música, comida y baile que cada año se realiza en Nueva Orleans, en el estado de Louisiana.

Se trataba de la adaptación familiar de Universal para una de las fiestas más populares de Estados Unidos, que nos permitía navegar en altura por las callecitas de la ciudad-estudio de cine. Todos novatos en el asunto de los carnavales, nos abríamos paso felices, mientras recibíamos la atención de los otros visitantes de a pie, que a esta hora daban la espalda a las atracciones permanentes del parque, para capturar con las cámaras de su celular el espectáculo que tenían al frente.

También éramos gente de paso, pero para este juego en particular vestíamos capas largas, sin mangas, livianas y amarillas, recortadas con la forma de la armadura de un gladiador. Algunos, entusiastas y más preparados, llevaban pequeñas lentejuelas pegadas en los alrededores de los párpados. Pero la mayoría estábamos aquí improvisando los movimientos. Salvo Thiago Calil, un brasileño de hombros anchos y deleite desbordado, que se robaba la atención. Ajeno al *rock & roll* de nuestro escenario móvil, cantaba, a su ritmo, sus propias canciones en portugués, dando golpecitos en la baranda, como en su personal versión de otro carnaval.

—Siento que la vida está de vuelta —me dijo Calil después.

Entendí mejor a qué se refería cuando me contó que integraba una de las escuelas de samba que participan en el carnaval de Sao Paulo. Cancelado este evento el último año, esta versión de “Mardi Gras” lo tenía así, resucitado. Su corazón latía como en el sambódromo.

Calil, entonces, empezó a hacer lo que nos había encomendado el anfitrión: arrojar collares coloridos de perlas de fantasía a los paseantes que estaban abajo. Todos lo seguimos.

Nos habían explicado que era parte de la tradición de Mardi Gras. Parecía un ejercicio sencillo, pero debíamos hacerlo con la destreza y exactitud de un lanzador de jabalina. Había que cuidarse de no dirigirlos a la cara del público para no lastimar a nadie.

—¿Hay alguno aquí nervioso por desfilar? —había gritado el anfitrión también, justo antes de que nos subiéramos al vehículo. Ni Calil ni nadie respondió.

Fantasia versus realidad

En Orlando, los parques de fantasía están revolucionados. Los dispensadores de alcohol gel todavía instalados parecen el único vestigio de una realidad pandémica. Ya no se exige mascarilla a sus visitantes —algunos espacios solo aconsejan usarla a los no vacunados—, ya no hay aforos y las filas son sin distancia social. Todos están listos para volver a tener diversión.

Thiago Calil, debutante en Universal, como yo, hace paralelos entre la suspendida fiesta de la samba en su país y la entretenimiento en los parques.

—Para nosotros, el carnaval es una celebración juntos. Es sin distancia social. Es sin mascarilla. Todos estábamos esperando este momento con el corazón —dice.

Los ocho hoteles temáticos de Univer-



AYUDA. Asistentes motivan a los visitantes a integrarse a los eventos.



PASEO. En Diagon Alley uno puede comprar implementos para hacer magia.

Un carnaval propio en UN PARQUE DE ORLANDO

En Orlando, Florida, el regreso a la presencialidad tiene revolucionados sus parques de diversiones, donde los visitantes no solo son espectadores, sino que también pueden convertirse en protagonistas, celebridades y desfilan... como un personaje más.

TEXTO Y FOTOS: Muriel Alarcón L., DESDE ESTADOS UNIDOS.



FIESTA PROPIA. Aquí recrean tradiciones locales en formato interactivo, como este carnaval “de Mardi Gras” apto para toda la familia.



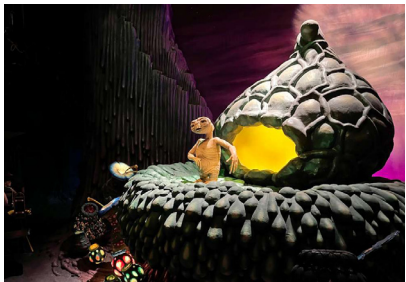
MONTAÑA RUSA. Steven Spielberg asesora en las atracciones basadas en sus películas, como la Jurassic World VelociCoaster.



TODOS. Este parque se esfuerza, con éxito, en ser entretenido también para los adultos.



HOGWARTS. A la escuela de magos llegan muchos fanáticos vestidos como Potter.



ET. Esta atracción es la única que queda de la inauguración del lugar en 1990.

mos con Bob Esponja. Nos tomamos fotos con el Rey Julien de *Madagascar*. Recorrimos Times Square y otros hitos de Nueva York por tierra y por cielo, guiados por Jimmy Fallon. Posamos frente a los focos con Marilyn Monroe en vestido blanco, y también con las celebridades de Mardi Gras que ambientaban a toda hora las calles de asfalto, como si fueran las tierras de un planeta aún por descubrir. Llevaban maquillaje exagerado y, aunque el calor se asomaba intenso, su ánimo no cambiaba. Seguían ahí, brillantes como siempre, acostumbradas más que nosotros al *show*. También ajenas a los gritos que se escuchaban en breves tandas, pero con gran intensidad, desde el parque. Se los percibía al unísono, sobre todo cerca de las montañas rusas, y especialmente en los alrededores de la más nueva, **Jurassic World VelociCoaster**, que está en Islands of Adventure, y que se inspira en la saga *Jurassic Park*, abierta hace menos de un año.

—Steven Spielberg es el consultor —me dijo Almeida—. Está detrás de todo, dando consejos especialmente sobre las atracciones relacionadas con sus películas como *ET* y *Jurassic Park*.

Decorada con dos llamas con fuego en su entrada principal y musicalizada con melodías que combinan emoción y grandilocuencia, está llena de “primeros lugares”. Tiene la caída más pronunciada de Universal a nivel mundial a la fecha: 14 segundos de gravedad cero, treinta y tantos metros invertidos; 112 kilómetros por hora en 2,4 segundos, además de llevar a los visitantes hasta 47 metros en el aire y enfrentarlos a caídas en 80 grados.

Según Gabriela Lander, directora de Diseño de Instalaciones de Universal, es la montaña rusa de lanzamiento más rápida y más alta de Florida.

—La gente tiene que sentirse en peligro, viviendo los obstáculos —me dijo Lander. Y lo consigue. Después de observar a los

raptors en cautiverio, con sus hocicos apriados y pupilas desafiantes, nos persiguen para devorarnos. La experiencia transgrede, una vez más, los límites. La cacería por poco se concreta cuando empezamos a caer en una espiral hasta llegar a centímetros de la laguna del parque. Nos detenemos a punto de tocar el agua.

La calma tampoco se encuentra en **The Bourne Stuntacular**, un nuevo espectáculo en vivo basado en la película de acción *Bourne*, con efectos especiales en tiempo real, y acrobacias fuera de serie de un experto en ellas, que funde el escenario con la proyección.

—Estamos siempre mirando y muy atentos a lo que les gusta a las personas —me dijo Almeida—. Tiempo atrás tuvimos la atracción de Tiburón, pero cuando Harry Potter se hizo muy importante decidimos cambiarla, porque los chicos ya no conocían a Tiburón. Querían algo más moderno y nosotros siempre estamos progresando. Queremos ser modernos.

Sentirse en sus mundos

Para recobrar el aliento —al menos en lo transitorio— nos embarcamos en **King’s Cross** por la plataforma 9 ³/₄ y desaparecimos tras el mítico pilar que permitía a Harry Potter seguir el camino para el que estaba destinado.

Nos subimos a uno de los vagones del medio en el **Expreso Hogwarts**, custodiado por guardias idénticos a los descritos por J.K. Rowling. Este tren, real, es la mejor opción para viajar entre ambos parques. Eso si se tiene el coraje para evadir la visita de extrañas sombras acompañando el recorrido.

Vale la pena aterrizar en la réplica de **Hogsmeade** —el único pueblo mágico en Gran Bretaña—, caminar por el área de Londres —ahí está el Noitibus Andante, el bus violeta de la saga de *Potter*—, dar una mirada al Grimauld Place —donde está

la casa de la familia de Sirius y luego sede de la Orden del Fénix—, y poner atención a la ventana por si aparece Monster, el elfo de los Black.

Tras divisar el castillo de Hogwarts, uno puede visitar **Diagon Alley**, donde Potter y sus amigos se abastecen de implementos para sus clases de magia. Y los que llegamos podemos hacer lo mismo.

Ahí, bajo techos con nieve (que dan la breve ilusión de un día con menos calor, aunque no nos hemos movido de la soleada Florida), si uno las busca puede encontrar, además de souvenirs, capas y varitas mágicas interactivas: si uno las mueve aquí y allá, puede realizar trucos y hechizos también (siguiendo instrucciones), gracias a los sensores repartidos en este sector del parque. Así, uno puede, por ejemplo, activar el agua de algún dispensador encubierto, y lanzársela en la cara a un visitante distraído.

Pero si no se quiere arriesgar a tener un problema, es mejor subirse a la moto de Hagrid —en el **Hagrid’s Magical Creatures Motorbike Adventure**, uno de los últimos lanzamientos del parque— y vivir una aventura que tiene hasta caídas inesperadas de más de cinco metros, todo muy seguro, claro.

En el mágico mundo de Potter hay varias personas enfundadas en largas capas cafés. Algunas más ortodoxas visten camisa blanca, pantalón negro, corbata Gryffindor y lentes de marco redondo.

—Se visten como Harry Potter —dijo la guía— para sentir que realmente están en su mundo.

También pueden sentir eso en el simulador de vuelo en escoba: sentados en un carro, uno puede recorrer panorámicas de Hogwarts, escapar del ataque de un dragón y ser parte de un juego de *quidditch*, sin pasar por el competitivo proceso de preselección que se ve en la película.

En los parques, cuando el tiempo es escaso y la energía del cuerpo infinita, la opción es hacer como algunas celebridades de verdad: comprar el VIP Tour, que permite a famosos moverse por el parque sin arriesgarse a encuentros masivos. Bajo esta modalidad, los destinos pueden programarse, hay acceso prioritario a las filas, y un guía que explica datos útiles para mejorar la experiencia, como que en las atracciones de mayor vértigo no es bueno cerrar los ojos, sino que es más útil mirarse las manos (*más info: UniversalOrlando.com*).

Lo otro es copiar a los más preparados y descargar en el celular la aplicación oficial. Hay horarios para diversos espectáculos y encuentro con personajes, y fila “virtual” para algunas de las atracciones. Además, ahí se puede ordenar comida y, lo más importante, anotarse para actividades... como ser una atracción en Mardi Gras.

Hacer sonreír y bailar

Al poco tiempo arriba del carro alegórico, miré bien cómo lo hacía Calil. Segundos antes, una coordinadora del trayecto —vestida como nosotros— había interrumpido mi momento como celebridad para corregir la forma en que lanzaba los collares: debía arrojarlos de uno en uno, y evitar el movimiento que los convertía en “discos voladores”.

Mientras tanto, el brasileño Calil buscaba hacer contacto con el público y regalar un gesto a cada uno. Sobre todo a los más chicos, que chillaban enloquecidos cuando eran ellos, y no sus padres, los que atrapaban el collar.

Era como si estuviese disfrutando otra forma de conexión.

—Tú haces algo que permite ver la sonrisa en la otra persona —me dijo Calil para explicar su propia emoción—. Es lo mismo que yo hago siempre. Parte de mi trabajo en el carnaval es hacer a la gente sonreír y bailar.

En la acera, varios se esforzaban por ser ellos los que recibían los collares. Intentaban convencerlo de ser el blanco, agitando los brazos en lo alto. Él, no hay duda, los animaba. Saludaba de vuelta y a veces les gritaba para alentarlos.

Niños, niñas, padres y madres, abuelos y abuelas, hombres y mujeres, magos de Gryffindor, gente con polera de Capitán América, polerones de los Minions, viseras de Jurassic Park, todos celebraban con saltos cada pequeño trofeo ganado.

La noche caía, pero las caras de los asistentes iluminaban el momento. Los carros seguían rebasados de collares, como si la acción y la alegría nunca se fueran a acabar. Compartirlos era la excusa para permitir a todos, por el tiempo que durara el recorrido, sentirse parte importante de la fiesta donde fuera que estuviesen. **D**



FIESTA. En Universal hay desfiles amenizando todo el día.